

París las grandes cortesanas históricas de Atenas ó de Roma; profesion que estaba admitida con condiciones vergonzosas en las civilizaciones paganas; pero que era incompatible con las costumbres cristianas, que iban á ser tan austeras poco tiempo despues. Esta escepcion autorizada de la decencia pública en dos cortesanas casi contemporáneas, Marion de Lorme y Ninon de Lenelos no puede esplicarse sino por dos consideraciones históricas: la introduccion de la licencia italiana en la corte por los Médicis y la depravacion de la aristocracia francesa por la licencia militar trasportada de los campos de batalla á la capital.

Ninon era hija de un caballero de Turena llamado Lenelos. Su belleza precoz, perfeccionada por los cuidados de un padre depravado que no le enseñó por toda virtud mas que el arte de seducir, la introdujo en París en los círculos mas elegantes de la nobleza. Como música y como bailarina se dió allí en espectáculo desde su infancia. Su talento, sus pasiones inconstantes y su filosofía sin freno hicieron que fuese solicitada alternativamente por los caballeros mas licenciosos de la época; ella no vendió, pero concedió sus favores á muchos, perdiendo insolentemente todo pudor, por conservar su libertad. Esta nobleza en la licencia y esta reserva de su probidad en el vicio la dieron fácil acceso en las sociedades ligeras de literatos y aun mugeres poco escrupulosas que buscaban la hermosura y el talento mas que la virtud. Frequentaba asiduamente la casa del poeta Scarron, centro entonces de la literatura trivial; la joven y bella huérfana de la casa de Aubigné, que casó con Scarron, era amiga suya, y al morir Scarron subsistia aun esta estraña amistad: la historia se confunde de asombro al ver á la joven viuda, piadosa, irreprochable, que debia entrar poco despues en el tálamo de Luis XIV, participar del hospedage, de la sociedad y algunas veces del lecho de la cortesana Ninon.

## XXVI.

El conde de Bussy-Rabutin, queriendo separar el corazon de su prima de su esposo, á fin de ser él su consolador y seductor, enteró á Mad. de Sévigné de la pasion de su marido por Ninon. El dolor despedazó el corazon sensible de la virtuosa esposa; pero no la rindió á las seducciones de Bussy, antes le cerró la puerta con indignacion y fingió ignorar la infidelidad de su marido: «Sévigné, dicen las memorias de la época, no es un hombre honrado; arruina á su muger, que es una de las mas agradables de París.»

Para salvar los restos de la fortuna de su sobrina y el porvenir de sus hijos, el abate de

Coulanges la obligó á separar bienes; pero al tomar esta precaucion afianzó á su marido por una suma enorme, igual á las deudas que entonces tenia. Retiróse sola á las Rocas con sus hijos dejando al marqués de Sévigné en la libertad de sus desórdenes.

Hábiase entonces enamorado de otra belleza célebre, rival de Ninon, llamada Mad. de Gondran y de un nombre mas familiar, Lolo. El caballero de Albret, segundogénito de la casa de Miosseus, le disputó su conquista. Sévigné triunfó á fuerza de prodigalidades y de pasion. Esta rivalidad hizo ruido en París; se previó un duelo y no faltó imprudente que escribiese prematuramente á Mad. de Sévigné á las Rocas que su marido habia sido herido por su rival. Ella entonces le dirigió una carta de dolor, de desesperacion y de perdon. La noticia era anticipada; el duelo habia sido aplazado. De este modo recibió Sévigné en tiernas convenciones el último adios de la que despreciaba por un capricho.

Llegó el día señalado para el combate; este fué corto y caballeresco; los dos contendientes se dieron esplicaciones y abrazaron antes de sacar la espada para satisfacer lo que un uso bárbaro llamaba en Francia el honor. Sévigné recibió el golpe mortal y espiró á los veinte y siete años en la flor de su vida.

La muger, que lo perdonó todo á su edad, á su ligereza, á los hábitos del tiempo, estuvo á punto de morir de dolor al saber su catastrofe; corrió á París para rodearse de sus queridos vestigios. No le quedaba de su marido otra cosa que las pruebas de su ingratitud. Para conservar á sus hijos el retrato y los cabellos del hombre á quien tanto habia amado, tuvo necesidad de pedirlos á Mad. de Gondran, aquella funesta Lolo, causa de su desgracia. Mad. de Gondran le envió aquellos objetos, que iban á ser el triste consuelo de su viudez, puesto que la infeliz no pudo ya minar la imagen del que adoraba, sin recordar al mismo tiempo su abandono y su ingratitud.

Este dolor fué tan violento y obstinado que Mad. de Sévigné no pudo jamás ver de lejos, en los círculos ó en los paseos, al caballero de Albret ó á cualquiera de los testigos del duelo, sin desmayarse.

Sévigné habia sido su primer amor y debia ser el último. Desde aquel día echó un sudario sobre su corazon, y lo sepultó, por decirlo así, joven y vivo todavía, con las cenizas de su marido.

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Otra pasion poseía ya toda el alma de madama de Sévigné, y era la de su hijo, y sobre

todo de su hija. Renunció para siempre á la idea de un segundo matrimonio, que les hubieran dado otro padre, porque solo el pensamiento de que aquellos dos queridos frutos de su único amor pudieran tener rivales de ternura en su propio corazon en los hijos de otro matrimonio le causaba horror, y por eso se entregó á su felicidad, á su fortuna y á su educacion. La muger no existió ya en ella; no hubo mas que la madre. «He borrado de mi memoria todas las fechas de mi vida, escribió en su vejez, yo no me acuerdo mas que de la de mi matrimonio y de la de mi viudez.» Bajo la tutela de su tío el servicial abate de Coulanges, se ocupó durante largos años en levantar las ruinas de su módica fortuna que habia disipado su marido y en la administracion rural de Bourbilly y de las Rocas. Pasaba parte del año con el abate de Coulanges en aquellas tierras, el resto en París ó en Livry, mansion querida de su juventud. Habia alojado sus vinculos con el mundo sin romperlos, porque preveia que su hijo tendria necesidad de protectores en la corte y su hija de marido adecuado á su nacimiento, y por lo mismo procuraba cultivar para sus hijos las amistades que podian servirles algun día de proteccion y ayuda. Su sólida razon le alejaba de los partidos extremos, no creyéndose con derecho de disponer de su suerte mientras no se fijase la de sus hijos. Permanecía mundana por deber y amable por virtud; digámoslo todo, lo era tambien por inclinacion natural. Acogida en el mundo por un entusiasmo universal, sentida con pasion desde que se ausentaba de él, gozaba tanto mas de ese favor de la corte y de los salones, cuanto que no les llevaba mas que un corazon libre y no les pedia mas que amistades.

Esta fué la época en que se grangeó mas amigos entre los hombres célebres y mugeres notables de aquel siglo fecundo en nombres que se hicieron ilustres. En los sobres de sus cartas podria encontrarse el catálogo de todas las glorias, de todos los méritos y de todas las altas virtudes de su época: el príncipe de Condé, el duque de Rohan, el conde de Lude, siempre enamorado, aunque desviado siempre, Menage, Marigny, el cardenal de Retz, Montmorency, Brissac, Bellievre, Montresor, Chateaubriand, Chaulnes, Caumartin, Hacqueville, Corbinelli, los Arnault, padres del jansenismo; Pascal, su apóstol; d'Humieres, d'Argenteuil, Bussy, sin cesar amoroso, sin cesar importuno y muchas veces pérfido por resentimiento; Sablonieres, el escocés Montrose, el mártir héroe de su rey proscrito; la duquesa de Longueville, el alma desalentada de la Fronde, estinguida á pesar de su soplo que la atizaba siempre; la duquesa de Lesdiguières, la de Montbazon, la princesa Palatina por la cual habia muerto Ginq-Mars en el cadalso; Mad. Enriqueta de Coulanges, hermana del abate; madama de Lavardin, la de Maintenon, la señorita de la Valliere, Mad. de Montespan, la señorita de

Lavergne, Enriqueta de Angennes, ya condesa de Olonne, célebre entonces por su belleza y despues por sus escándalos; Mad. de la Fayette, amiga del gran duque de la Rochefoucauld, autor de las *Máximas*; el mismo Rochefoucauld, ese juez severo, y soberano de los méritos y de las gracias; Vardes, Turena, Bossuet, Corneille, Fenelon, Racine, Moliere, la Fontaine y Boileau aparecen ó desaparecen alternativamente sobre el horizonte del gran siglo. He aquí cual fué la sociedad de la vida entera de Mad. de Sévigné; he aquí cuales fueron los amigos, los correspondientes ó los sujetos de su largo comercio epistolar. Si su tiempo, reviviendo en sus cartas, debe mucho al interés que su estilo sabe derramar en ellas, no se puede negar que estas cartas deben mucho al interés de la época.

Muchos de esos hombres, todavía jóvenes y ya ilustres, se esforzaban por borrar en el corazon de la hermosa viuda el recuerdo de su marido; el príncipe de Conti y el superintendente general de hacienda, el poderoso Fouquet la asediaban con su culto, pero de todos ellos solo Fouquet parece que fué el que logró conmovir su corazon. Joven, hermoso, respetuoso en las formas, audaz en los pensamientos, disponiendo á guisa de dueño, tan absoluto como Richelieu ó Mazarino, de los tesoros de la Francia, teniendo en sus manos las riendas del gobierno, bastante poderoso para inspirar envidia y recelos fundados al joven rey, bastante temerario para afectar la rivalidad con el mismo rey en amor, Fouquet se habia declarado en voz alta el adorador de Mad. de Sévigné, y sino conmovida, mostrábase por lo menos agradecida á un homenaje que borraba con tanto brillo todos los demas. Ser el pensamiento dominante de un hombre hacia el cual se convertian entonces todos los pensamientos del amor ó de la ambicion de las mugeres de aquella corte era suficiente motivo para que Mad. de Sévigné perdonase al superintendente del reino la temeridad de sus homenajes secretos y públicos. Esta es la única circunstancia en su larga viudez en que se percibe una impresion de reciprocidad para los sentimientos tiernos que inspiraba sin alentarlos, y necesario fué que sobreviniese la desgracia de Fouquet para que traspirara fuera ese sentimiento contenido en el alma de Mad. de Sévigné. Si amó una vez, este amor no se reveló sino con lágrimas sobre los infortunios de aquel de quien solo se confesaba amiga.

## II.

El golpe que hirió al ambicioso ministro estuvo largo tiempo invisible sobre su cabeza; el disimulo indispensable á los reyes, enseñó

do por Mazarino á Luis XIV en los últimos consejos que le diera en su lecho de muerte, lo preparó todo con lentitud y misterio para que la caída no conmoviese de rechazo su trono. Colbert, espíritu probo, seguro, servil, ingrato y envidioso, fué su único confidente. Aunque hechura de Fouquet, ya en los últimos meses de la vida de Mazarino, había denunciado Colbert en una carta secreta á Mazarino las malversaciones ó las maniobras de guarismos con cuyo auxilio disimulaba Fouquet en las cuentas el verdadero estado del tesoro. Esta denuncia de Colbert había despertado la atención de Mazarino. Su muerte había prevenido la comprobación del crimen. Luis XIV, informado por Mazarino, sospechaba las dilapidaciones de Fouquet, sin atreverse á convencerle de ellas, por que las necesidades urgentes del tesoro público le obligaban á no escudriñar demasiado la conducta de su superintendente, cuyo habil agiotage le facilitaba desde los primeros momentos de su reinado los recursos necesarios á la administración del reino y al lujo de la corte; pero Luis XIV no solo sospechaba de la probidad de Fouquet, sino de su fidelidad política, creyéndole capaz de sonar en nuevas facciones suscitadas contra su soberano, para apoderarse sin rival de los negocios y llegar á ser un nuevo Richelieu bajo otro Luis XIII, ó un jefe de facciosos contra una corte de que no sería ya primer ministro. Todo demuestra que estas sospechas eran fundadas y que sino había bastantes indicios en la conducta de Fouquet para castigar, los había suficientes para precaverse. En vista de esto, es indudable que Luis XIV no podía ser culpado de haber prevenido el golpe con el golpe. Las mugeres y los poetas asalariados por el superintendente lloraron su desgracia; pero los jueces y los hombres de estado absolvieron al rey de su supuesta ingratitud. Fouquet no disimulaba ya las riquezas y suntuosidades, cuya fuente era demasiado innagotable para que fuese pura; compraba con regalos, pensiones y regias liberalidades á las mugeres y á los hombres que podían combatir ó asegurar su dominación en la intimidad y hasta en los amores de su soberano, y de este modo se formaba un partido dispuesto á convertirse en facción dentro del Estado.

Los guardajoyas y cofrecillos hallados después de su prisión en su casa de Vaux, encerraban la tarifa de sus corrupciones y el sueldo de su culpable popularidad. Dueño de muchas plazas fuertes del reino, se le veía todavía fortificar á Belle-Isle sobre la costa de Bretaña, y asegurarse un punto de apoyo sólido ó un retiro inespugnable para sus designios. Había tenido la audacia de tentar también por medio de la ambición el corazón de Ana de Austria, madre del joven rey, y proponerle una liga para dominar juntos el consejo. Negociaba igualmente con el cardenal de Retz el precio de su dimisión del arzobispado de Paris

para apoderarse del clero, como se apoderaba de la corte. Su plaza de procurador general del parlamento de Paris le aseguraba el privilegio de no ser juzgado sino por el parlamento, cuyo favor siempre sedicioso procuraba captarse. Para herirle era preciso enganarle y hacerle renunciar. El rey lo consiguió colmándole de esperanzas y haciéndole considerar sus funciones subalternas como incompatibles con las nuevas á que le destinaba. Además para ensañarse contra él, era preciso esperar que hiciese ingresar en el tesoro los millones necesarios á los servicios públicos que solo su agiotage podía proporcionar. Una circunstancia apresuró el desenlace, pero sin que fuese la verdadera causa.

Un día que Luis XIV había aceptado una fiesta con que el superintendente quiso obsequiarle en su palacio de Vaux, recorriendo las habitaciones secretas de aquella magnífica morada, observó el joven príncipe en un gabinete de pinturas el retrato de la señorita de la Valliere, objeto de su primera pasión pública. Fouquet había tenido la audacia de amarla y la temeridad de mandar sacar su retrato. Indignado el rey con aquella profanación de sus honores se retiró altamente ofendido; pero sin a reverse todavía á manifestar su resentimiento. Su madre hizo advertir á Fouquet por conducto de la duquesa de Chevreuse el peligro á que se esponía confiando demasiado en la fingida seguridad que le rodeaba. El rey entre tanto para no despertar en su ministro la menor sospecha, redobló los favores y las muestras de su falsa intimidad. Temblando Fouquet ante las consecuencias de su demasiada confianza ó desconfianza en el influjo é imperio que hasta entonces había gozado, fluctuaba entre el pensamiento de refugiarse en Italia ó enterarse en Belle-Isle.

Partió para Nantes en esta perplejidad. Allí, fuera de Paris y lejos del parlamento, errando el rey había resuelto herirle. Apenas había marchado Fouquet, cuando desconfiando Luis XIV de todos los instrumentos de su autoridad, acaso vendidos secretamente á Fouquet, llamó á un oficial oscuro de su guardia y le dió orden de prender al superintendente á su llegada á Nantes. El oficial partió con diez ginetes seguros, se adelantó al ministro en el camino y lo trajo prisionero á Paris. Cogidos sus papeles, llevados al rey y registrados por él solo, entregaron á Luis XIV el secreto de las tramas, de las ambiciones y de los amores de Fouquet. Se dice que el nombre de Mad. de Sévigné se halló entre los de las mugeres que contaba él en el número de sus amigas, sobre las cuales se reservaba derramar los favores de su predilección y de su poderío. Atribuyóse á este descubrimiento, del que Mad. de Sévigné estaba de todo punto inocente, la frialdad que Luis XIV manifestó siempre á Mad. de Sévigné, la muger mas eminente de su siglo. Luis XIV no perdonaba jamás de buen grado

dos faltas á las mugeres y á los hombres de su corte: el haber tenido participación en la Fronde y la superioridad de talento. Todo brillo, que no sirviese para realzar el suyo, le ofuscaba. Amaba el talento, pero á condición de engastarlo como un adorno en su corona. La adulación era á sus ojos la primera condición del genio.

## III.

Mad. de Sévigné tenía el espíritu cortés; pero no tenía el corazón servil. El infortunio de Fouquet no hizo mas que avivar su inclinación y su agradecimiento hacia él. No sacrificó nada de su ternura y de su piedad á su complacencia de opinión para el rey. Manifestó en las desgracias del superintendente tan tierno y atrevido interés que se elevó hasta la murmuración y la oposición contra sus perseguidores, formando además parte de esa facción de la fidelidad y de la desgracia que siguió á Fouquet hasta delante de sus jueces y hasta en su calabozo perpétuo. El calor de este sentimiento fué el que dió á conocer por primera vez su ardor epistolar en su correspondencia de todos los días con los amigos de su amigo. Su amistad le reveló su talento: todo, hasta la fama debía tener una fuente pura en aquel corazón nacido para los sentimientos dulces. Los que espesa para Fouquet tienen un acento que no se encuentra en ninguna otra parte de sus cartas: es el acento de una piedad tan tierna para el infortunio que puede confundirse con el acento de un amor reprimido.

## IV.

Luis XIV no había llegado todavía á esa posesión atrevida de despotismo que le permitió mas tarde tantas proscripciones sin juicio. Mandó juzgar á Fouquet no por jueces independientes, sino á lo menos por comisionados reputados libres. El proceso fué largo, difícil, lleno de rodeos, de revelaciones, de esperanzas y de terrores alternativos. Mad. de Sévigné siguió sus faces con la ansiedad de una amiga que no disimula nada su adhesión á un acusado y le estimula con la vista y el corazón delante de sus jueces. Los cofrecillos hallados en casa del superintendente habían revelado una correspondencia íntima, pero inocente, entre la muger graciosa y el ministro benévolo. Este descubrimiento que revelaba tantas inteligencias secretas y que hacía temblar á tantos culpables, conmovió sin desconcertarla á Mad. de Sévigné; la cual desafió con la segu-

ridad de una buena conciencia la murmuración pública que se levantó contra ella á la lectura de sus cartas.

«Nada hay mas cierto,» escribió á Mr. de Pomponne, individuo de aquella familia piadosa de los Arnould, vecino y amigo de su tío el abate de Coulanges, «nada hay mas cierto que la amistad se aviva entre dos personas en quienes concurren los mismos intereses; me escribis tan obligadamente sobre esto, que no puedo contestaros con mas exactitud sino asegurándoos que me animan los mismos sentimientos para vos que teneis para con migo; pero ¿qué decis de todo lo que se ha encontrado en esos cofrecillos? ¿Habrais creído jamas que mis pobres cartas se hallasen colocadas tan misteriosamente? Os aseguro, cualquiera que sea la gloria que pueda sacar de ello por los que me hagan justicia, que jamas he tenido con él otro trato que ese. No deja de afectar mi corazón la necesidad en que me veo de justificarme, y acaso inútilmente, con respecto á las mil personas que no comprenderán jamás esta verdad. Creo que comprenderéis bien el dolor que causa esto á un corazón como el mio; os suplico que digais sobre esto lo que sabeis; en esta ocasión no me sobrarian los amigos; espero con independencia á vuestro hermano (el abate Arnould de Andilly) para consolarme un poco con él de esta extraña aventura. Sin embargo, deseo con todo mi corazón el alivio de los desgraciados y os pido siempre el consuelo de vuestra amistad.»

«Dad gracias á la señorita de Scudery, escribió algunos días después á Menage, por que conserva tan fielmente su amistad á Fouquet y me defiende contra las insinuaciones calumniosas sobre este asunto. Yo quisiera con todo mi corazón que se pudiera olvidar al mismo superintendente.»

En las cartas que escribió mas adelante desde su retiro de las Rocas á los Arnould, desterrados por la causa de Fouquet, no llama jamás al acusado sino *nuestro querido amigo*. Sabe que estas cartas serán abiertas por los enemigos de Fouquet y los desafía; derrama lágrimas de ternura por su suerte; sigue con la vista y el oído su actitud y las respuestas en los interrogatorios y escribe á Mr. de Pomponne:

«Nuestro querido y desgraciado amigo ha hablado dos horas esta mañana, pero tan admirablemente bien que muchos no han podido menos de admirarle; entre otros Mr. Renard ha dicho:

«Es preciso confesar que este hombre es incomparable; jamás ha hablado mejor en el parlamento, ni ha desplegado tanta inspiración.»

Habló sobre los seis millones y sus gastos; nada hay de comparable con lo que dijo sobre esto.

«Os escribí el jueves ó viernes. Dios

quiera que mi última carta os participe lo que mas ardientemente deseo; rogad á nuestro solitario (Arnauld) que pida á Dios por nuestro pobre amigo.»

«Nuestro querido amigo ha ido otra vez á sentarse sobre el banquillo. El abate de Effiat le saludó al paso y él devolvió su saludo con esa cara risueña y tranquila que conocemos. El abate quedó, como no podía menos, profundamente afectado.»

«Esto durará aun toda la semana próxima, es decir, que entre unas cosas y otras, no es vivir la vida que pasamos. En cuanto á mí no estoy conocida y dudo que pueda resistir hasta entonces...»

«En el fondo de mi corazón abrigo un resto de esperanza, no sé de donde viene ni á donde va, ni es bastante grande para que pueda dormir tranquila... Solo puedo ver á las personas con quienes me es lícito hablar, por que están animadas de los mismos sentimientos que yo. Ella (Mad. de Plessis) espera, como yo, sin saber la causa. Pero ¿por qué esperais? Porque espero. He aquí nuestras respuestas; ¿no son bien razonables? Si obtuviese un favor tal como lo apetecemos, el colmo de mi alegría sería enviaros un hombre á caballo que os llevase á todo escape esta agradable noticia, y el placer de imaginar el que yo os daba, haría el mio completo.»

Mas adelante escribe:

«No podré decir lo que haré si esto no sucede, ni comprendo lo que será de mí.»

Mad. de Sévigné realza con orgullo todo lo que es digno; censura tiernamente todo lo que es imprudente en las palabras del acusado y deplora algunas impaciencias de Fouquet contra sus jueces.

«Esta manera no es buena, dice á los Arnauld, pero él se corregirá; por otra parte bien conozco que se apura la paciencia, y me parece que yo haria lo mismo.»

Vuelve á Paris en los momentos en que va á decidirse la suerte de su amigo; se absorbe en este solo pensamiento; se alimenta con sus esperanzas y temores; quiere mirarle por última vez cuando comparezca ante el tribunal, se disfraza, se cubre el rostro con una careta, segun entonces se acostumbraba, para ocultar la palidez de sus facciones.

«Sus piernas tiemblan, su corazón late con tal fuerza, dice ella, que está á punto de caer desmayada; no creo que me haya conocido, escribe por la noche, pero os confieso que me afecté sobremanera al verle entrar por aquella puerta pequeña; si supierais que desgraciado es el mortal que tiene un corazón como el mio, tendríais lástima de mí. He ido á ver á Mad. de Guénégaud, nuestra querida vecina; hemos hablado largamente de nuestro querido amigo; ella ha visto á Safo (la señorita de Scudery), que le ha inspirado valor; en cuanto á mí, iré mañana á tomarlo á casa de esa amiga, pues siento la necesidad de

confortarme, y no será ciertamente por que no se me dicen mil cosas que deben hacer esperar; pero, Dios mio, tengo la imaginación tan viva que toda incertidumbre me mata.»

Indignándose despues hasta la rebelión contra el gobierno:

«La emocion es grande, dice, pero lo es mucho mas la dureza.»

Y visita y habla con instancia al relator del proceso, Ormesson, como en una causa personal

## V.

«Fouquet es un hombre peligroso! dijo el rey pocos dias antes del juicio. Esta palabra era una sentencia; sin embargo madama de Sévigné se obstinaba en no desesperar de la justicia ó de la misericordia de los hombres.»

«Todo el mundo, escribe ella, se interesa en este gran proceso; no se habla de otra cosa; se discute, se sacan consecuencias, se cuentan por los dedos las opiniones; todos se enternecen, temen desear, odiar y admirar; en fin es una cosa extraordinaria lo que está pasando, y no hay nada que pueda compararse con la resignacion y firmeza de nuestro querido desgraciado. Sabe todos los dias lo que pasa, y sería preciso escribir volúmenes en su clogio.»

«Quién no reconoce en este acento el de un sentimiento superior á la pasión por la justicia y al enternecimiento mismo de la amistad? Fouquet tenia en madama de Sévigné menos que una amante y mas que una amiga; una providencia invisible, adherida á las mismas cadenas que él y dispuesta á gozar la misma vida ó á sufrir la misma muerte.»

El 19 de diciembre de 1664 por la noche escribia:

«Alabad á Dios, señor, y dadle gracias, porque nuestro pobre amigo se ha salvado. Es tal mi alegría que estoy fuera de mí...»

«Moriria de pesadumbre si otro se me anticipara en daros tan buena nueva. En mucho tiempo no me repondré de la alegría que experimenté ayer.»

Cuando Mad. de Sévigné supo que el rey habia agravado la sentencia de destierro en prision perpétua en Pignerol, escribió:

«Pero no, no es de tan alto de donde viene esto; tales venganzas rudas y bajas no podrían partir de un corazón como el de nuestro soberano. Se sirven de su nombre y lo profanan como veis. Os mandaré á decir lo demás.»

El martes 23 escribió en otro tono:

«Todos siguen esperando que será atenuada la pena, yo lo espero tambien; me ha servido demasiado bien la esperanza para abandonarla. No hay vez que vea á nuestro sobe-

rano en nuestros bailes que no se me vengan á la memoria estos dos versos del Tasso:

Goffredo ascolta, é in rigida sembianza  
Porge più di timor che di speranza.

«Sin embargo me guardo bien de desanimarme; es necesario seguir el ejemplo de nuestro pobre prisionero, que está alegre y tranquilo; estémolo nosotros tambien.»

## VI.

Resulta pues que no obstante lo que habia dicho Luis XIV, la conciencia de los jueces salvó la cabeza de Fouquet, condenándole solamente á destierro perpetuo; pero el rey halló demasiado suave la pena y demasiado peligrosa la libertad de Fouquet, aun fuera del reino, é interpretando la sentencia, la cambió por su propia autoridad en prision perpétua en la fortaleza de Pignerol. Todo el mundo le olvidó, excepto Mad. de Sévigné. Fouquet murió allí lentamente durante un cautiverio secreto de quince años, sin que un eco de este mundo, que habia llenado con su nombre, penetrase jamás los muros de su prision. Por el rigor del castigo se juzgó del terror que este ministro ambicioso habia inspirado á su soberano. El único sentimiento tierno que Mad. de Sévigné experimentó en su vida despues de su viudez, fué sepultado para siempre en el calabozo de su amigo. Su corazón, vacio ya de toda ternura de muger, se reconcentró todo en sus hijos. No recibió ya los golpes del mundo sino para transmitirlos con las emociones de su sensibilidad ociosa á su hija y á sus amigos, como un espectador imparcial del drama humano que mira desde el anfiteatro la escena del mundo y la cuenta en voz baja á aquellas personas que no la han visto y á las cuales quiere hacer participar de sus impresiones.

A contar desde ese dia todo el reinado de Luis XIV viene á reflejarse en la conversacion escrita de una muger; su correspondencia llega á ser sin saberlo el cuchicheo de la historia entre los bastidores del gran siglo. Esta es la hora en que su estilo sale desnudo y caliente de su corazón y en que la naturaleza sin saberlo se convierte en talento.

## VII.

Bu fon ha dicho: *el estilo es el hombre.* Bu fon ha dicho en esta palabra lo que deberia ser el estilo mas bien que lo que es; porque con

mucha frecuencia el estilo es el escritor mas que el hombre. El arte se interpone entre el escritor y lo que escribe; no es ya el hombre el que veis, es el talento. La obra maestra de los verdaderos escritores grandes es anonadar en ellos el talento y no espresar mas que al hombre; pero para esto se necesita que la sensibilidad sea mas completa en ellos que el arte, es decir, se necesita que sean hombres grandes mas por el corazón que por el estilo. ¿Cuántos libros hay en cada siglo, y aun en todos los siglos, que lleven ese carácter y os den del alma una impresion mas viva que del genio? Tres ó cuatro. El libro encubre casi siempre al autor. ¿Por qué? Porque el libro es una obra de arte y de voluntad, en que el autor se propone un objeto, y en que se muestra, no lo que es, sino lo que quiere parecer. No es en los libros donde es necesario buscar el verdadero estilo; no es allí. Me equivoco; allí es, pero en los libros que el hombre ha escrito sin pensar que hacia un libro, es decir, en sus cartas; las cartas es el estilo desnudo, y los libros el estilo vestido. Los vestidos cubren las formas; en estilo como en escultura no hay belleza sino en la desnudez. La naturaleza ha hecho la carne, el hombre la tela y el ropaje. ¿Queréis ver la obra maestra? despojad la estátua; esto es tan cierto respecto al espíritu como al cuerpo; lo que preferimos de los grandes escritores, no son sus obras, sino ellos mismos; así pues, obras donde han puesto mas parte de si mismos son para nosotros las mejores: ¿quién no prefiere mil veces una carta de Ciceron á una de sus arengas? ¿Una carta de Voltaire á una de sus tragedias? ¿Una carta de madama de Sévigné á todas las novelas de la señorita de Scudery, á quien ella llamaba *Safo*, y cuya gloria miraba brillar desde abajo sin atreverse á levantar tan alto su ambición? Esos grandes ingenios han desplegado talento en sus obras premeditadas de artistas; pero no han tenido verdadero estilo mas que en su correspondencia, ¿y por qué? Por que allí no pensaban en tenerlo ó formarlo. Tomaban de él hecho su sensacion como madama de Sévigné; no escribian, hablaban; su estilo no es ya el estilo, es su pensamiento mismo.

## VIII.

De todas las facultades del espíritu, la mas indefinible á juicio nuestro es el estilo; y si tuviésemos que definirlo á nuestra vez, no lo definiríamos sino por su analogia con una cosa que jamás ha podido ser definida, la fisonomía humana. Diriamos, pues: **EL ESTILO ES LA FISIONOMIA DEL PENSAMIENTO.**

Mirad bien un rostro, y tratad de explicar á vosotros mismos por que ese rostro os

encanta, os repugna, os deja indiferentes; el secreto de esta indiferencia, de este encanto o de esta repulsión está en tal ó cual fación de este rostro? ¿En el óvalo mas ó menos regular del contorno? ¿En la línea mas ó menos griega de la frente? ¿En el globo mas ó menos hundido de los ojos? ¿En su color? ¿En su mirada? ¿En el dibujo mas ó menos correcto de los labios? ¿En los matices mas ó menos vivos de la tez? No sabriais decirlo, ni lo sabreis jamás: la impresión general es un misterio, y este misterio se llama fisonomía. Esta es la contra-prueba del carácter en la frente, es el resumen vivo y combinado de todos los rasgos, de todas las faciones flotantes como una atmósfera sobre la figura. Tantos matices concurren á formar esa atmósfera que es imposible al hombre que la siente descomponerla; él ama ó no ama, he aquí todo su análisis; el juicio no es mas que una impresión tan rápida como un instinto y tan infalible en nosotros como la impresión que sentimos metiendo la mano en agua caliente, tibia ó fría; tenemos calor ó frío en el alma mirando esa fisonomía, hé aquí todo lo que nos es permitido deducir.

## IX.

Pues bien; lo mismo sucede con el estilo, sentimos, conocemos si nos encanta ó nos deja lánguidos, si nos calienta ó nos enfria; pero está compuesto de tantos elementos indefinibles, de la inteligencia, del pensamiento y del corazón, que es un misterio para nosotros como la fisonomía, y sintiéndolo en sus efectos nos es imposible analizarlo en sus causas. Los retóricos no han podido jamás enseñarlo, ni sorprenderlo, del mismo modo que los químicos no han podido sorprender el principio de vida que huye bajo sus dedos en los elementos que elaboran: se sabe lo que produce, pero no lo que es, ¿ni cómo saberlo? el mismo escritor no lo sabe; es un don de su naturaleza, como el color de sus cabellos ó como la sensibilidad de su tacto. Enumerad las condiciones infinitas de lo que se llama estilo, y juzgad si está en el poder de la retórica crear en un hombre ó en una muger tal reunion de cualidades diversas: es necesario que sea verdadero y que la palabra se modele sobre la impresión, sin lo cual miente al espíritu y se ve al cómico en vez del hombre que dice lo que siente; es menester que sea claro, sin lo cual pasa la palabra á la forma de los vocablos y deja al espíritu suspenso en las tinieblas; es menester que brote, sin lo cual el esfuerzo del escritor se hace sentir al espíritu del lector y la fatiga del uno se comunica al otro; es necesario que sea trasparente, sin lo cual no se lee hasta el fondo del alma, y sea sencillo para que no cueste al entendimiento demasiado trabajo seguir los refi-

namientos de la expresión y mientras se admira la frase se evapora la impresión; es necesario que tenga colorido, porque de otro modo permanecería empañado, aunque exacto, y el objeto no tendría mas que líneas y no relieve; es necesario que represente una imagen, sin lo cual el objeto solamente descrito no se refleja en ningún espejo ni se hace palpable á ningún sentido; es necesario que sea sóbrio, porque la abundancia fastidia, y abundante porque la indigencia de la expresión atestigua la pobreza de la inteligencia; modesto porque el brillo deslumbra; rico porque la desnudez entristece; natural porque el artificio desfigura por sus contorsiones el pensamiento; es necesario que corra, porque solo el movimiento arrastra; es menester que sea caliente, porque un calor dulce es la temperatura del alma; es menester que sea fácil porque todo lo que cuesta trabajo es penoso; es necesario que se eleve y baje, porque todo lo uniforme es fastidioso; que razone, porque el hombre es razón; que se apasione, porque el corazón es pasión; que converse, porque la lectura es una conversacion con los ausentes ó los muertos; que sea personal y tenga el sello del espíritu, porque un hombre no se parece á otro; que sea lírico, porque el alma tiene gritos como la voz; que lllore, porque la naturaleza humana tiene gemidos y lágrimas; es necesario..... pero no bastarian páginas enteras para enumerar todos los elementos de que se compone el estilo. Nadie los reunió jamás en una lengua escrita con tanta armonía como Mad. de Sévigné. No es escritora, es el estilo

## X.

Volvamos á anudar el hilo de la historia de su vida, cuya lectura ha comunicado á todos los que gustan de verse retratados en otros. Al escucharla vivir, creemos vivir nosotros mismos dos veces, y esto consiste en que su libro no es un libro, sino una vida.

Una sola pasión habia sucedido en su alma á la que habia tenido por su marido; esta pasión era su hija. Jamás muger alguna fué tan madre como ella. Si quitáseis esta hija del alma y de las cartas de Mad. de Sévigné, no quedaría mas que un gran vacío sin movimiento, sin calor y sin eco, donde nada palpita ni siquiera un corazón. Por un fenómeno de instinto maternal, que se parece casi tanto á un milagro de la naturaleza como á un prodigio de afecto, aunque esta madre habia dado á luz á su hija hacia ya quince años, parecia que llevaba todavía en su seno aquel fruto mal desprendido de sus entrañas. Continuaba envolviéndola en su calor, dándole su vida y viviendo con la suya. No sentía á Dios, á la naturaleza, al mundo, á sus ambiciones, vanidades y

hasta amistades sino en aquella hija. Entre el universo y ella, estaba su hija; pero si el universo hubiese desaparecido y le hubiese quedado su hija, no se habria apercibido de la desaparición del universo. Es necesario admitir esta especie de locura del instinto maternal en el alma de Mad. de Sévigné para comprender esa conexidad absoluta de existencia, y ese anonadamiento completo de su personalidad en otra. La antigüedad no tiene semejantes fatalidades en sus fábulas; no hay en el *Infierno* ó en el *Paraiso* del Dante tal identificación de un ser en otro, tal suplicio, tal felicidad. Tan pronto felicidad y tan pronto suplicio como vamos á verla mirándola existir.

## XI.

Después de haber adorado á esa hija, su imagen viva y aun embellecida en su retiro durante sus años de infancia, Mad. de Sévigné la presentó al fin á la luz del día de París y de la corte. Si le costaba dejar escapar su tesoro de su seno, su vanidad maternal, la mas santa de las vanidades, la embriagaba de antemano con la admiración que su hija iba á escitar á su aparición sobre aquella gran escena. Este orgullo impersonal no fué engañado ni podia serlo: las memorias y las poesías de la época son de la opinión de la madre sobre los encantos de la hija. Menage la llama el MILAGRO DE NUESTRAS DIAS. El mismo satírico Bussy no la llama jamás sino *la mas linda muchacha de Francia*. En efecto eclipsó á aquella brillante pleyade de hermosuras célebres que figuraban en los bailes de Luis XIV, en las carreras de caballos y en las fiestas de Fontainebleau. Nadie dudó, á despecho de sus rivales, de que el joven rey no fuese pronto deslumbrado y llegase á ser ella la favorita de aquel reinado naciente; pero sea que Luis XIV se acordase demasiado de sus resentimientos de infancia contra el nombre de Sévigné, harto mezclado con la Fronde, sea que la señorita de Sévigné, demasiado adorada por su madre, se sintiese superior á la adoración de un rey, sea en fin que tuviese mas el brillo que produce la admiración que ese atractivo que produce el amor, el rey estuvo político, pero insensible á tantos encantos. La misma señorita de Sévigné, dotada de gran talento, aunque de otra clase de talento que su madre, conocia que su belleza tenía mas deslumbramiento que calor. «Al primer golpe de vista, escribió á su madre, me creen adorable, y cuando me ven mas, no me aman ya.» Mad. de Sévigné que habia puesto en ella toda su ambición, aspiraba á casarla con uno de los hombres mas notables de la corte. El nacimiento, la belleza y la fortuna de su hija justificaban esta esperanza; pero la frialdad de

la hija, y acaso tambien el disfavor secreto de la madre en el ánimo del rey, abuyentaban á los pretendientes.

«La mas linda muchacha de Francia os hace sus cumplidos,» escribia á su primo Bussy: «este nombre parece muy seductor y sin embargo estoy cansada de hacerle los honores tanto tiempo.»

Bussy responde:

«Reconozco la estravagancia del destino en la dificultad de casar á la mas linda muchacha de Francia.»

«La mas linda muchacha de Francia,» replica la madre, «es mas digna que nunca de vuestros homenajes, y sin embargo su destino es tan difícil de comprender que por lo que hace á mí me pierdo en conjeturas.»

La esplicación de ese destino que humillaba y afligia el corazón de la madre estaba toda en el temor que las familias cortesanas tenían de participar de la desgracia de una muger, ligada á las faciones políticas estinguidas, por su juventud, y á las faciones religiosas nacientes por sus relaciones con los *Arnauld*, tachados de *jansenismo*.

Mad. Sévigné describe estos solitarios con un encanto infinito.

«Ayer, dice, volví de Meni á donde habia ido para ver á Mr. de Andilly; estuve seis horas con él; gocé todo el placer que puede dar la conversacion de un hombre admirable; oí tambien á mi tío de Sévigné, pero un momento. El Port-Royal es una Tebaida, es un paraíso, un desierto donde se encuentra ordenada toda la devoción del cristianismo. Es una santidad esparcida en todo el país á una legua á la redonda; hay cinco ó seis solitarios que no se conocen, que viven como los penitentes de San Juan Climaco; las religiosas son ángeles sobre la tierra. La señorita de Vertus acaba allí la vida son dolores inconcebibles y una resignación estremada; todo lo que les sirve, hasta los carreteros, los pastores, los jornaleros, todo es modesto. Os confieso que me ha encantado ver esa soledad de que tanto habia oído hablar; es un valle horrible, muy á propósito para inspirar el deseo de trabajar por la salvación. Me volví á dormir á Meni, y ayer llegué aquí, después de haber abrazado al paso á Mr. de Andilly.»

Mad. de Sévigné creyó deber eclipsarse algun tiempo con su hija en su soledad de las *Rocas* para dejar pasar aquella mala estrella y hacer que París echase de menos á la que no habia llamado bastante su atención; se retiró á Bretaña y pasó todo un invierno en las *Rocas*.

Esta ausencia despertó en efecto el sentimiento con que habia contado su despecho. Fué acometida de frases y de versos, en que sus amigos, sus admiradores y sus poetas deploraban su alejamiento, y la llamaban á aquel centro de talento y agrado oscurecido desde que ella habia retirado su luz. *Saint Savin* en una epístola familiar se hizo el intérprete autoriza-

do de estos sentimientos, y adulábala en su pasión.

Vuestra hija es la única obra  
Que la naturaleza ha concluido,  
En las demás ha soñado.  
Así la tierra es demasiado pequeña  
Para hallar en ella quien la merezca.

La madre ofendida fué sorda á este arrepentimiento de Paris, y prolongó hasta la primavera su estancia en las Rocas ejercitándose por la reflexión y la lectura en pasarse sin el mundo. Ocupábase en rehacer su fortuna y embellecer su morada.

«He dispuesto plantar, dice en una de sus cartas, infinidad de arbustos, y un laberinto de donde no se saldrá sin el hilo de Ariadna. He comprado también muchos pedazos de tierra á los que he dicho, según mi manera acostumbrada: *Os hago parques*, de suerte que he entendido mis jardines y mis paseos, sin que me haya costado mucho.

## XII.

A su vuelta á Paris, después de la corta campaña de Luis XIV en el Franco Condado, halló al rey ostentando escandalosamente en Compiègne y en Paris, sin respeto á la joven reina, sus amores mal extinguidos con la señorita de la Valliere, Mad. de Monaco y la de Montespan, legitimando por actos públicos los hijos que tenía de sus favoritas, haciendo registrar de una manera desvergonzada en el parlamento el título de duquesa que confería á la una, quitando la otra á su marido y librándose de las murmuraciones de Mr. de Montespan destruyéndolo al fondo de la Francia; pero la divinidad del rey se había hecho dogma tan incrustado en el servilismo de los cortesanos, que hasta las insolencias del rey contra las leyes, las costumbres, la religión y el matrimonio parecían reales y á las cuales, aunque con vergüenza, prestaba adoración la corte.

Por mas que Mad. de Sévigné fuese, según dos versos italianos de Ménage :

Donna bella, gentil, cortese e saggia,  
Di castità, di fede e d'amor tempio;

es decir, muger perfecta de belleza, de amabilidad y de virtud, cuya alma era un santuario de castidad, de fé y de puro amor, la corrupción del ejemplo venia de tan alto, y el vicio se confundía de tal modo con la magestad que no se muestra en sus cartas tan escandalizada como era pura.

Durante esos largos años de depravacion

pública, continuó siguiendo á su hija en las fiestas de la corte, solo que reunió en torno suyo, como una muralla contra la licencia general de los espíritus y de las costumbres, un pequeño concilio de hombres y de mugeres que por su severidad formaban la escepcion de la época. Sus amigos mas intimos eran entonces Mad. de Scudery, tia de la señorita de Scudery, viuda como Mad. de Sévigné á los treinta años; se había casado con un anciano á quien había amado, á pesar de su edad, y rehusaba contraer, como Mad. de Sévigné nuevos vínculos; Mad. de la Fayette, a quien su adhesión al duque de la Rochefoucauld tenia alejada de la corte, semejante á una censura muda; Mad. de Guénégaud, parienta y vecina de los Arnauld, en la casa de campo de Fresnes, cerca de Livry; en fin, los mismos Arnauld, los antiguos amigos de Fouquet y protectores de Pascal. Pasó el estío de 1667 gozando aquel aire sano y vivificador en la quinta de Fresnes.

«Es menester que os diga como estoy,» escribió á Mr. de Pomponne, miembro de aquella familia de los Arnauld y embajador en Suecia. «Tengo á Mr. de Audilly en mi mano izquierda, es decir, del lado de mi corazón; tengo á madama de la Fayette á mi derecha; á Mad. de Guénégaud delante de mí, que se divierte en embadurnar papel con sus dibujos; algo mas lejos Mad. de Motteville (autor de las memorias) que medita profundamente; nuestro tío de Cessac, á quien temo porque no le conozco; Mad. de Caderousse, su hermana, que es un fruto nuevo que no conozcois, y la señorita de Sévigné sobre todo, yendo y viniendo de un lado para otro por el gabinete como una abispa; estoy segura de que esta compañía os agradaría como á mí.»

Este retrato de familia unia en sus personages al siglo viejo con el nuevo. El jefe de la familia de los Arnauld de Audilly, que frisaría en los ochenta años, había visto á Richelieu, Mazarino, las tempestades y transformaciones de los últimos reinados, y escribía en su vejez las memorias que han servido de materiales á nuestra historia.

El 29 de abril escribía ella desde Livry:

«He hecho un bonito viage. Ayer salí muy temprano de Paris, fui á comer á casa de Pomponne, encontré allí á nuestro buen Arnauld que me esperaba; hubiera sentido no poder decirle adios. Hallé en él cierto incremento de santidad que me asombró; cuanto mas se acerca á la muerte mas se purifica. Me riñó mucho, y arrebatado de celo y amistad hacia mí, me dijo que era una locura el que yo no pensase en convertirme; que era toda una pagana, que hacia de vos un idolo en mi corazón, que esta especie de idolatría era tan peligrosa como cualquiera otra, aunque me pareciese menos criminal, que en fin pensara en mí, y todo esto me lo dijo en tal tono de seriedad que no acerté á contestar una pala-

bra. En fin, al cabo de seis horas de conversacion muy agradable, le dejé y vine aquí, donde he hallado todo el triunfo del mes de mayo; el ruiseñor, el cuclillo, la alondra, que han abierto la primavera en el bosque; toda la tarde me he paseado sola; y he encontrado aquí mis tristes pensamientos; pero no quiero ya hablaros de ellos. He destinado parte de esta tarde á escribiros en el jardín, donde estoy aturdida con tres ó cuatro ruiseñores que están encima de mi cabeza. Esta noche me vuelvo á Paris para hacer un paquete y enviároslo.»

Mad. de la Fayette, versada como un erudito en las lenguas clásicas, y que comentaba á Horacio y Virgilio, escribía al mismo tiempo sus primeras novelas francesas, palpitantes con todas las emanaciones de un corazón que des cansa después de haber amado; deploraba en aquel momento la ausencia de su amigo, el duque de la Rochefoucauld, que servía, aunque enfermo, como voluntario en el sitio de Lille. Mad. de Motteville, esa confidenta de Ana de Austria, importuna al rey, cuyos vicios había censurado con demasiada franqueza, se había retirado después de la muerte de la reina madre, y escribía en silencio sus memorias, con la autoridad de una muger que lo ha visto todo, aunque con las reticencias de una confidenta que sabe callar.

Mad. de Guénégaud pintaba con un talento que rivalizaba con los grandes maestros de la época. Sus cuadros, colgados junto á los del Poussino, adornaban la capilla y la galería de la casa de campo de Fresnes. Las conversaciones rodaban sobre las victorias del rey en Flandes, sobre las obras maestras del *Misántropo*, del *Cid* y de *Andrómaca*, con que Molière, Corneille y Racine ilustraban aquel año la escena. Los jueces erau dignos de aquellos juegos del ingenio.

## XIII.

La paz de Aquisgran y la construcción de Versalles y las fiestas que el rey dió allí á Madama de Montespan, medio oculta todavía, pero ya reina de su corazón, llamaron á Madama de Sévigné y á su hija á Paris y asistieron á esas fiestas de 1668, cuya descripcion traslada la imaginacion á las hechicerías del lojo. La señorita de Sévigné, sentada á la mesa del rey, en medio de trescientas mugeres ávidas de sus miradas, las eclipsó á todas. El rey pareció deslumbrado, y los cortesanos que adivinaban los gustos y caprichos del monarca, prodigaron las muestras de idolatría para el nuevo idolo. El duque de la Feuillade, favorito á quien Mad. de Montespan hacia sombra, fomentó en el corazón del rey una inclinacion que creyó columbrar hacia la señorita de Sévi-

gné, difundióse el rumor de que esta había conquistado el favor del monarca y tan corrompido estaba el siglo que no se supuso siquiera una resistencia. Bossy, el amigo de la madre, el protector nato de la hija, el caballero tan engreído con su nacimiento y sus grados, se felicita públicamente en sus cartas del vergonzoso favor de su joven prima, pero se engañaba: el rey había disimulado bajo su atencion fingida á la señorita de Sévigné su pasión verdadera por Mad. de Montespan.

Este falso favor no sirvió felizmente sino para hacer la fortuna del hijo de Mad. de Sévigné. Este joven dotado de todo el valor de su padre y de todas las gracias de su madre, no ocupaba en el corazón de Mad. de Sévigné sino el poco hueco que dejaba en él su hija. Las grandes pasiones no consienten division. Esta madre le amaba, pero con la negligencia de un corazón demasiado lleno de otro sentimiento esclusivo. El baron de Sévigné, de carácter bondadoso, toleraba sin envidia esta negligencia de sentimiento de su madre hacia él y se colocaba voluntariamente en segundo lugar en su corazón; sea amor para aquella madre, en quien amaba hasta la injusticia, sea costumbre tomada desde muy niño de no ocupar en la familia sino un rango querido, pero subalterno, sea admiracion por aquella hermana que había acostumbrado desde su cuna á todos los familiares de Mad. de Sévigné al entusiasmo, se acomodaba con gusto á este segundo lugar, siendo el cortesano mas que el hijo y el hermano de su madre y de su hermana. Distraía é interesaba á esta madre mas que la apasionaba. Ella sin embargo pensaba en su fortuna militar. Su educación fuerte y literaria bajo los cuidados de una madre tan superior le colocaba al nivel de toda la juventud de su edad. Tenia veinte años y esperaba una ocasion de distinguirse y recomendarse á la atención del rey. Esta ocasion no tardó en presentarse.

Hacia veinte y cuatro años que los turcos sitiaban la capital de Creta, Candia, defendida por los venecianos. La antigua alianza de Francia y la Turquía para hacer contrapeso á la casa de Austria, impedía á Luis XIV socorrer á los venecianos; por otro lado la antipatía religiosa de los cristianos contra los musulmanes hacia avergonzar al rey cristianismo de dejar sucumbir el último baluarte del cristianismo en el Mediterráneo sin levantar el brazo para defender la cruz, casi abatida delante de sus ojos. Era preciso conciliar la deferencia hacia el papa con su política, y no se presentaba mas que un subterfugio, indigno á la vez del político y del cristiano. El embarazo de conciencia le obligó á adoptarlo. Al mismo tiempo que continuó declarando amistad á los turcos, autorizó al duque de la Feuillade, su favorito, á levantar un cuerpo de caballeros voluntarios, que no tendrían otra bandera mas que la de la cruz y que irían á pelear contra los otomanos. La nobleza francesa se arrojó con la impetuosidad de